

Anexo II. Cuento

El viaje de la gota Carlota (5-6 años)

Había una vez una nube, una nube enorme y blanca, muy blanca, que flotaba tranquilamente en el cielo azul. Esta nube parecía muy blandita, tanto que daban ganas de tocarla o de tumbarse en ella para echar una siesta. Pero esta nube no estaba hecha de algodón, como piensan muchos niños, sino que estaba hecha... ¿sabéis de qué? No, tampoco de azúcar. Esta nube, como todas las nubes, estaba hecha de gotas de agua. De cientos, miles, millones de pequeñas gotitas de agua. Y esta que ahora empieza es la historia de una de esas gotas. La gota Carlota.

Esta pequeña gota estaba, como todas las demás, tan feliz y muy tranquila en una nube que flotaba en el cielo. La verdad es que era una buena vida, aunque un poco aburrida. Sobre todo para alguien como Carlota, porque a ella le gustaba viajar, viajar por todo el mundo y vivir muchas aventuras.

Los días pasaban en la nube y la gota Carlota se sentía cada vez más triste y aburrida. «¿Cuándo se terminará esto de estar en el cielo sin hacer nada?», se preguntaba la pobre. Pero un día, de repente, pasó algo distinto. El cielo dejó de ser azul y empezó a ponerse gris. Y empezó a hacer frío, así que todas las gotitas se juntaron para intentar calentarse. Cuando ya estaban empezando a entrar en calor, sintieron que se resbalaban hacia abajo, y no podían hacer nada. ¡Se estaban cayendo! Y así todas las gotas cayeron, cayeron, cayeron y cayeron más (el profesor preguntará «¿Sabéis lo que estaba pasando?» y escuchará respuestas hasta que alguna acierte que está lloviendo).

Llovía y todas las gotas caían. Nuestra amiga la gota Carlota tuvo suerte, porque fue cayendo hacia una montaña, y después hacia un bosque, y después ya hacia un árbol. Y cayó en una hoja del árbol. No os preocupéis, no se hizo daño al caer. Cuando la gota Carlota estaba mirando alrededor para ver cómo era aquello, oyó una voz muy seria que decía:

—Oh, menos mal que has llegado, amiga gota, ya empezaba a tener mucha, mucha sed.

Era el árbol quien le hablaba, y claro, tenía mucha sed porque llevaba mucho tiempo con sus raíces metidas en la tierra y la tierra estaba seca.

Así que no podía beber agua. Por si alguien no lo sabe, los árboles no beben de grifos y fuentes, como nosotros, sino que beben de la tierra con sus raíces.

—Gracias a ti y a tus amigas, que hacéis la lluvia —siguió diciendo el árbol— el bosque podrá crecer y estar verde de nuevo. Muchas gracias.

—De nada, señor árbol —dijo Carlota.

Y para cuando se dio cuenta, la gota Carlota se resbaló de la hoja y cayó al suelo. Allí, vio que empezaba a deslizarse bosque abajo, pues estaba en cuesta, y se fue encontrando con algunas amigas que también bajaban entre las raíces y la hierba. Pronto, pasaron por encima de algunas rocas y llegaron a un arroyo.

¡Eso sí que era divertido! ¡Qué bien lo pasaban todas las gotas! Porque estar en el arroyo, ser parte del arroyo, era como un parque de atracciones: un montón de gotas juntas, que bajaban por la ladera de la montaña a toda velocidad. Carlota estaba más feliz que nunca, nunca se lo había pasado mejor. Entonces, después de un pequeño salto que le hizo reírse a carcajadas, vio un caballo al lado del río. Cuando llegó hasta él, oyó que le decía: (el profesor preguntará «¿Qué le decía el caballo a la gota?», se escucharán varias respuestas y se seguirá: «lo que le decía el caballo es»).

—Menos mal que habéis llegado, vosotras las gotas. Los animales estábamos muuuuuuy sedientos y necesitamos beber agua fresquita todos los días para poder vivir. Muchas gracias —dijo y soltó un relincho (el profesor preguntará a ver quién sabe lo que es un relincho. Si nadie sabe, se explicará).

—De nada, señor Caballo —dijo Carlota y siguió su camino.

La gota seguía en el arroyo, pero al poco rato notó que aquello ya no iba tan rápido. Después pasó a ir despacio, luego muy despacio, y al final todas las gotas se pararon. «¡Vaya! ¿Se habrá terminado la diversión? ¿Dónde estaré ahora?», pensó la gota Carlota. Y miró a su alrededor. Todas las gotas estaban en una zona más grande, más ancha, y allí no se movía nadie. Pero como la gota Carlota es muy curiosa, empezó a investigar. Avanzó y avanzó entre sus compañeras y ¿sabéis que encontró? (el profesor pregunta a ver qué se encontró. Los niños dirán opciones hasta que el profesor desvele qué se encontró).

Encontró una gran pared. Una pared gigante que no dejaba pasar a ninguna de ellas. Como no sabía qué era aquello, preguntó a una gota que tenía al lado:

—Hola, ¿sabes dónde estamos y qué es esta pared tan grande?

—Vaya, parece que no te enteras... —le contestó la gota, que era un poco listilla—. Estamos en un embalse. Aquí nos almacenan y nos guardan las personas, esos que son muy grandes y nada transparentes. Luego nosotras les ayudaremos a bañarse, a lavarse los dientes o a cocinar. ¡Aquí en el embalse empieza nuestro verdadero viaje!

—Bueno, pues que empiece cuanto antes, que yo me aburro enseguida —le respondió la gota Carlota.

Pasaron días, primero algunos y luego muchos días. Carlota seguía en el embalse y os podéis imaginar lo aburrida que estaba. Además, por las noches las gotitas que se estaban cerca de la superficie tenían mucho frío. Entonces se juntaban mucho, mucho, mucho y tenían menos frío porque se convertían en algo muy duro. ¡Se convertían en hielo! Pero en cuanto salía el sol por la mañana, el hielo se deshacía por el calor y las gotas volvían a separarse y a estar como siempre.

Una buena mañana, la gota Carlota estaba bostezando nada más despertarse cuando sintió que algo tiraba de ella hacia el fondo. Para cuando se dio cuenta, estaba dentro de una tubería.

Así, junto a muchas amigas gotas, Carlota empezó a viajar y viajar, subiendo, bajando... (el profesor levantará una mano y la mueve arriba, abajo, etc. Seguirá con el cuento, cada vez más rápido la lectura y el brazo, hasta que se detendrá de golpe) girando a la derecha, luego a la izquierda, otra vez arriba, abajo, más arriba, abajo, derecha, izquierda, derecha, arriba, abajo, abajo, derecha ¡Alto!.

Porque entonces habían llegado a un sitio que ninguna de ellas había visto jamás. Era un sitio donde las gotas se limpiaban, unos trabajadores les ayudaban a ponerse guapas para que luego los niños y niñas pudieran beberlas bien fresquitas. A la gota Carlota le pareció bien, así que se limpió a fondo y quedó brillante, reluciente, tan guapa que uno de los trabajadores le dijo un piropo: «¡Guapa, que brillas más que el sol!» (el profesor preguntará sobre la palabra 'piropo' y la explicará) Cuando Carlota iba a agradecer este piropo, otra vez tiraron de ella hacia abajo y otra vez volvieron todas a la tubería. Y venga para arriba, para la izquierda, para abajo y para la derecha. Así viajaron un rato más hasta que la gota Carlota vio una luz al final del túnel y hubo un poco de atasco. Entonces todas notaron que hacía bastante calor y fueron saliendo hacia el exterior.

¡Y vaya sorpresa que les esperaba! Todas las gotas empezaron a volar y caían encima de un niño. Claro, se estaba duchando. Las gotas se lo pasaron también increíble en la ducha, saltando y rebotando por ahí. ¡Vaya diversión!

Lo que hizo la gota Carlota fue lo siguiente: salió de la ducha, voló un poco y cayó en la cabeza del niño.

En la cabeza, patinó un poco por su pelo, que era negro y rizado, o sea muy divertido para patinar, y después saltó al hombro. Ahí se puso a descansar un rato pero empezó a tener calor, un calor enorme, tanto que se sintió muy ligera y empezó a volar como un globo. ¡Qué bonito era el baño del niño desde el aire! Cuando vio que se estaba cansando ya de volar, Carlota aterrizó suavemente sobre el lavabo.

Pero aún no acabaron sus aventuras. ¡Claro que no! Mientras Carlota descansaba en el lavabo, el niño salió de la ducha, se secó todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies, y se marchó. Poco después entró un señor que se parecía mucho al niño, así que nuestra gota viajera pensó que sería su padre. Y ni corta ni perezosa, Carlota pegó un salto y se subió a la manga del jersey del señor. El jersey era verde. Así, Carlota salió con el señor al pasillo y llegaron a la cocina. ¡Qué bien olía allí! Lo que pasaba era que el padre del niño cocinaba unos cocidos madrileños muy ricos y aquel día tocaba cocido (el profesor preguntará a los niños quién cocina en sus casas, para ver las diferentes respuestas y crear un punto de reflexión sobre el tema). La gota Carlota saltó disimuladamente a la olla del cocido, ideo había que verlo de cerca! Así vio cómo la familia entera comía del cocido, donde había muchas compañeras suyas también. De vuelta en la cocina, Carlota supo lo que es que te metan en un lavaplatos. ¡Ay, qué poco se esperaba lo que pasó! Aquello era un lío, gotas por todas partes, platos sucios, mucho ruido... Carlota estaba ya a punto de ponerse a gritar cuando se vio viajando por una tubería muy estrecha.

Por esta tubería no iban muy rápido, así que Carlota podía verse y se dio cuenta de que estaba marrón! «¡Qué sucia estoy! ¡Así no se puede andar por la vida!», pensó nuestra amiga mientras seguía bajando por la tubería estrecha con las demás gotas sucias. Pero no pudo pensarlo mucho tiempo porque llegaron a otro lugar. Allí, había más gotas sucias, todas bastante tristes. Es que a nadie le gusta estar sucio. Así que Carlota también se entristeció (el profesor sacará el tema de la higiene personal. Preguntará cómo y cuántas veces se bañan los niños. Cómo se lavan las manos. Cuántas veces se lavan los dientes).

Pero la tristeza de Carlota no duró mucho porque enseguida las limpiaron otra vez. ¡Qué bueno sentirse otra vez brillante y reluciente! Y para cuando se dio cuenta, la gota Carlota estaba otra vez en una tubería, esta muy grande, y de vuelta... ¿sabéis dónde? En un río. ¡Otra vez el parque de atracciones! Carlota y sus amigas bajaron el río, saltando y riendo, mientras el río se iba haciendo grande y más grande y cada vez iba más despacio. Al final, era un río gigante que iba a uno por hora, como mucho. Pero hubo una sorpresa, porque las gotas llegaron a otro lugar que no conocían. Este lugar era grande, enorme, lo más grande que conocían. Y había una fuerza extraña que las llevaba a todas hacia delante. ¡Esto era increíble! Porque empezaban a ponerse unas encima de otras, hacían una torre larga y luego se caían. ¡Vaya risas! Sí, claro, estaban en el mar y lo que hacían era una ola (el profesor pregunta entonces a ver dónde han llegado las gotas. Explicar que los ríos van a dar al mar).

La gota Carlota y sus amigas estuvieron un buen rato divirtiéndose, haciendo olas y más olas. Además, había peces, caballitos de mar, algas muy simpáticas... ¡de todo! Carlota incluso vio un tiburón, pero de lejos porque estaba un poco enfadado y no se atrevió a acercarse mucho. Dicen que los tiburones tienen un poco de mal humor. Pobres. No como nuestra amiga Carlota, que en el mar estaba más feliz que una perdiz. Y fue feliz durante mucho tiempo, porque pasaron los días y los meses y Carlota y las demás gotas no dejaban de divertirse en el mar. ¡Siempre había algo que hacer!

Pero un buen día, cuando era ya verano y hacía bastante calor, mejor dicho mucho calor, Carlota sintió que la superficie estaba muy caliente y que empezaba a volar. ¡Otra vez volando como un globo! Y allí iba la gota viajera, riendo y cantando mientras volaba hacia el cielo. El viento la mecía mientras ella subía y subía. Así, vio cómo la playa y su pueblito se hacían pequeños, luego enanos y luego más enanos todavía. Entonces la gota Carlota se dio cuenta de que estaba llegando a un sitio que conocía muy bien. ¡Estaba de vuelta en la nube! «Hogar, dulce hogar», pensó mientras saludaba a viejas amigas que no había visto desde el principio de todo el largo viaje.

Aquí comenzará el juego de los tres finales. El profesor detiene el cuento y explica que se está llegando al final, pero que este cuento es especial y tiene tres finales. Que él va a leer los tres y luego cada uno elegirá el que más le guste.

Primer final. La gota Carlota se aburre de esperar, salta de la nube y vuelve al mar y a la playa que ya conocía. Allí se lo pasa bien un tiempo, después sale a la arena a tomar el sol. Y cuando tiene mucho calor, busca una sombrilla y la encuentra junto a un señor con unas gafas de sol muy feas. Carlota se tumba a la sombra y se duerme felizmente.

Segundo final. La gota Carlota espera y espera pero se aburre de esperar. Entonces salta de la nube y vuela planeando hasta la montaña que ya conoce. Cae sobre el bosque que ya conoce y se dedica a vivir pasando de árbol en árbol, conociendo muchos animales, haciéndose amiga de muchos árboles diferentes... para cuando se da cuenta, Carlota tiene tantos/as amigos/as que ya no quiere vivir en ninguna otra parte. Además, tampoco se acuerda de sus amigas y compañeras las gotas. Lo que hace es buscar una hoja cómoda donde vivir, y como la encontró enseguida, ahí se quedó a vivir. Dicen que fue feliz durante toda la vida, y eso que vivió muchos años.

Tercer final. La gota Carlota espera y espera pero mientras espera se dedica a pensar. Y pensando sobre todo el viaje que ha hecho, se da cuenta de que el viaje está a punto, a puntito, de volver a empezar.

Y en cuanto lo piensa, otra vez el cielo se pone gris y otra vez empiezan a resbalar hacia abajo. Así que el viaje de la gota Carlota se repitió entero otra vez. Y luego otra vez. Y otra. Así muchas veces.

El profesor preguntará a los niños si a alguno se le ocurre algún otro final posible. Se expondrán algunos y, los que el profesor elija, se añadirán a la lista de los tres. Después se hará una votación por el final preferido de la mayoría. Si es el tercero, el profesor explicará por qué es el auténtico final del cuento. Si es otro, explicará que el auténtico final es el tercero y por qué.

¿Y por qué el auténtico final es el tercer final? Porque ese viaje de la gota Carlota es lo que pasa en realidad. Las gotas, el agua, hacen ese viaje una y otra vez sin parar. De las nubes a las montañas, a los ríos, al mar, y luego otra vez a las nubes. Así que mejor que estemos bien atentos, porque algún día nos podemos encontrar con nuestra amiga la gota Carlota. Ella está por ahí, pero no sabemos dónde. Cayendo con la lluvia, en nuestro baño o en una ola en la playa. Vosotros mirad bien, que igual la veis. Es muy pequeñita, pero si nos acercamos mucho y miramos muy muy atentamente, podremos verla. Y la reconoceréis enseguida. Es la que está guiñando un ojo.